

DIAMANTI, I., Y LAZAR, M. (2019): *PEUPLECRATIE. LA METAMORPHOSE DE NOS DEMOCRATIES. PARIS: GALLIMARD*

Recibido: 03 de julio de 2019- Aceptado: 16 de agosto de 2019- Publicado: 17 de enero de 2020

Eguzki Urteaga*

Universidad del País Vasco

Forma de citar este artículo en APA:

Urteaga, E. (enero-junio, 2019). Peuplecratie. La métamorphose de nos démocraties. Paris: Gallimard [Reseña]. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 11(1), pp. 308-331. DOI: <https://doi.org/10.21501/22161201.3303>

Ilvo Diamanti y Marc Lazar acaban de publicar el libro titulado *Peuplecratie. La métamorphose de nos démocraties* (Puebloocracia. La metamorfosis de nuestras democracias) en la editorial Gallimard.

Conviene recordar que Diamanti es director del Instituto de análisis de la opinión pública Demos & Pi, catedrático de Ciencia Política en la Universidad de Urbino y docente en la Universidad París 2 Panthéon-Assas. Sus investigaciones versan sobre los movimientos autonomistas, las divisiones territoriales y las transformaciones del sistema político italiano. Forma parte del comité científico y editorial de varias revistas, tales como *Rassegna italiana di Sociologia*, *Rivista italiana di Scienza Politica*, *Political and Economics Trends*, *liMes*, así como *Critique Internationale*. Colabora, asimismo, con el periódico *La Repubblica* como editorialista y especialista de cuestiones sociopolíticas. Entre sus obras más relevantes, es preciso citar *La Lega. Geografia, storia e sociologia di un nuovo soggetto politico* (1993), *Stanchi di miracoli. Il sistema politico italiano in cerca di normalità*, (1997), *Politique à l'italienne* (1997) redactado junto con Marc Lazar, o *La generazione invisibile* (1999).

* Profesor de Sociología en la Universidad del País Vasco (UPV-EHU) e Investigador asociado en el Social and Business Research Laboratory (SBRlab), centro de investigación de la Universidad Rovira i Virgili. Doctor y Licenciado en Sociología por la Universidad Víctor Segalen Buerdos 2 y Licenciado en Historia especialidad Geografía por la Universidad de Pau y de los Países del Adour. Autor de 31 libros et de más de 200 artículos científicos. Presidente de Eusko Ikaskuntza Iparralde. Correo electrónico: eguzki.urteaga@ehu.eus

Marc Lazar, de su parte, es catedrático de Historia y de Sociología Política en la Universidad París 1 Panthéon-Sorbonne desde 1999 y dirige el Centro de historia del Instituto de Ciencias Políticas de París desde 2014, así como el grupo de investigación sobre la Italia contemporánea en el Centro de Estudios y de Investigaciones Internacionales. Es igualmente catedrático asociado en la *LUISS School of Government* de Roma, cuyo consejo científico preside desde 2010. Ha trabajado sobre el comunismo, el estudio comparado de los partidos de la izquierda socialista y socialdemócrata en la Europa del Oeste, las relaciones entre la izquierda y los servicios públicos en Francia, así como las mutaciones de la democracia italiana. Asociando historia y sociología política, es partidario de una conceptualización superior en la investigación histórica y de una apertura de esta disciplina a las demás ciencias sociales. Entre sus principales libros figuran *Maisons rouges. Les Partis communistes français et italien de la Libération à nos jours* (1992), *L'Italie à la dérive* (2006), *L'Italie sur le fil du rasoir: changements et continuités de l'Italie contemporaine* (2009), y *La Gauche en Europe depuis 1945. Invariants et mutations du socialisme européen* (1996), dirigido junto con Francine Simon-Ekovich (1996).

En la introducción del presente libro, los autores recuerdan que, previamente al referendo sobre la pertenencia del Reino Unido a la Unión Europea el 23 de junio de 2016, “varios signos anunciadores del [auge] de una protesta popular (...) en Europa habían sido enviados a lo largo de las elecciones desde al menos treinta años. Sin que la mayoría de las élites dirigentes los [tomen en consideración]” (p. 9). La segunda tormenta política ha tenido lugar en las elecciones generales italianas, el 4 de marzo de 2018 (p. 9).

Los partidos que dominaban desde hace años [el panorama político] han sido (...) marginados. (...) En cambio, el Movimiento 5 Estrellas ha obtenido más del 32 % de los votos y la Liga [se ha fortalecido, ya que], del 4 % de los sufragios en 2013, ha pasado a más del 17 % [cinco años más tarde] (pp. 9-10).

Por primera vez,

en uno de los seis países fundadores de la Comunidad Económica Europea [que es], además, la tercera potencia económica del continente y la segunda potencia industrial, los populistas, los de la Liga y del Movimiento 5 Estrellas, han tomado el poder (p. 10).

A pesar de sus desavenencias y tras haberse enfrentado duramente durante la campaña electoral, estos dos partidos se han puesto de acuerdo sobre un programa de gobierno y sobre la composición de este. Se trata de un programa heterodoxo que yuxtapone “las propuestas, a menudo contradictorias, del Movimiento 5 Estrellas y de la Liga” (p. 10). El objetivo principal de estas dos formaciones, más allá de afirmar la necesidad de recuperar “la plena soberanía nacional de Italia”, es “crear un nuevo bipartidismo (...) a fin de repartirse el mercado electoral, marginando definitivamente al Partido Demócrata y a Forza Italia” (p. 11). Este programa de gobierno instaura una verdadera ruptura en materia de economía, fiscalidad, políticas sociales, inmigración, justicia, instituciones y construcción europea (p. 11).

Ese gobierno “compensa sus dificultades para actuar rápidamente y eficazmente, [por] declaraciones [polémicas] y actitudes ostentosas de algunos de sus ministros o a través de unas operaciones espectaculares y fuertemente mediatizadas en Italia y fuera de la península” (p. 13). Para Diamanti y Lazar, “el porvenir de ese gobierno dependerá (...) de la solidez o no de la entente entre el Movimiento 5 Estrellas y la Liga” (p. 13). A priori, todos los opone, “empezando por sus líderes y continuando con sus programas” (p. 14).

En ese sentido, Italia, a la imagen de otros países europeos, se enfrenta a la “pueblocracia”. De hecho, “constituye un laboratorio o, mejor dicho, hace oficio de sismógrafo que registra las menores sacudidas telúricas que trastornan el orden político, y cuyas réplicas se hacen sentir en toda Europa” (p. 15). Para los autores, se trata de comprender el significado de lo que sucede en el viejo continente, cuyo inicio se sitúa hace tres décadas, que se acelera hoy en día y que parece no tener fin (p. 16). En efecto, los partidos populistas conocen numerosos éxitos electorales en toda Europa y algunos de ellos acceden incluso al poder, como en Italia, Austria, Polonia o Hungría. “Que estén en el poder o no, pesan tanto sobre la vida política de sus países de pertenencia como sobre el conjunto de la Unión Europea” (p. 16).

El panteón populista “está (...) poblado de una multitud de dirigentes que marcan sus países respectivos y [su] época” (p. 16). El calificativo populista se ha extendido, “a menudo con un sentido peyorativo y estigmatizante” (p. 17). Es empleado “como un insulto hacia un adversario, a fin de descalificarlo” (p. 17). Algunos líderes políticos, sin embargo, reivindican esta denominación (p. 17). El populismo es una noción “cajón de sastre” que cubre conceptos variados e “innumerales definiciones propuestas por historiadores, politólogos o filósofos” (p. 18). Los populismos no se reducen a

las formaciones que se sitúan en la extrema derecha. (...) No son simplemente unos movimientos que cuestionan los demás partidos tradicionales, enalteciendo el pueblo, rechazando las élites, demonizando sus enemigos, fustigando Europa, exaltando la nación, rechazando los inmigrantes, denunciando la amenaza [islamista], avanzando continuamente unas propuestas simplistas, [haciendo gala] de demagogia, disponiendo de líderes carismáticos con estilos políticos directos y con modos de comunicación [novedosos]. (p. 19).

Los populismos que, según Diamanti y Lazar, son “el síntoma de un problema democrático”, traducen dos tendencias, y, de ese modo, “determinan la evolución del orden democrático” (p. 19). En otras palabras, su existencia misma y su dinamismo son, a la vez, la expresión y el vector de metamorfosis de las democracias europeas (p. 19). De hecho, “la pueblocracia resulta de un doble proceso. Por una parte, el [auge] de los movimientos y partidos populistas; y, por otra parte, (...) la modificación de los fundamentos de nuestras democracias. Los populistas se refieren al pueblo soberano que acaban idolatrando y sacralizando. Al mismo tiempo, atacan los representantes políticos, cualificados (...) de tradicionales, y [proceden] a una crítica radical de las formas institucionales que organizan esta misma soberanía popular” (p.20).

Para los populismos, “el pueblo está sistemáticamente valorizado como entidad homogénea, [encarnación de la] verdad y considerado como fundamentalmente bueno, sobre todo en oposición a las élites (...) siempre denigradas, descalificadas, odiadas” (p. 20). Oponen el pueblo virtuoso a las élites corruptas (p. 20). Ese antagonismo, alimentado por los medios de comunicación, internet y las redes sociales, da un nuevo vigor y otra dimensión a “la vieja idea de la democracia directa”; más aún en un contexto marcado por el debilitamiento de los partidos políticos “que [ejercían] una función de mediación entre la sociedad y el gobierno” (p. 20). Las nuevas tecnologías “permiten a sus usuarios intervenir de manera permanente en la vida pública, erigirse en expertos sobre todas las cuestiones, incluso las más complejas, criticar los responsables políticos, [burlarse de ellos] o denigrarlos” (p. 21). En ese sentido, “contribuyen, de manera decisiva, a reactivar el mito de la verdadera democracia [ejercida] por el verdadero pueblo” (p. 21).

Así, aunque los populistas no acceden al poder, “influyen de manera determinante toda la organización democrática y contribuyen a la eclosión de la pueblocracia” (p. 21). Recusan la representación y favorecen al auge de “las figuras de encarnación” (p. 21). Esta última crítica de la democracia representativa goza de un gran eco en Internet y está igualmente alimentada por las movilizaciones ciudadanas, “como en España con el movimiento de los Indignados en 2011 o con Nuit Debout en Francia en 2016” (p. 21). Más generalmente, “la referencia constante al pueblo es un rasgo [esencial] de la pueblocracia [y] altera la concepción de la política en democracia ocultando los contrapoderes. Pero, modifica igualmente la manera de hacer política para el conjunto de los actores, presionados por todas partes por actuar con urgencias, por responder a las expectativas incesantes de la opinión y, por lo tanto, tentados en dirigirse lo más directamente y simplemente [posible] al pueblo” (pp. 21-22). Recurren a todas las posibilidades ofrecidas por la televisión e Internet y promueven el uso del referendo que vuelve con fuerza. Así, “la pueblocracia parece ser sinónimo de una democracia [del referendo]” (p. 22). El populismo “no constituye un desafío para la democracia, [sino que se ha convertido] en un componente esencial de la democracia” (p. 22).

Este libro, “más que por el populismo y los populismos, se interesa por las mutaciones de la democracia que estas engendran” (p. 23). Se adentra especialmente en los casos francés e italiano. A pesar de sus diferencias, ambos países “conocen un desarrollo [relativamente] espectacular de los populismos” (p. 23) y han conocido, a lo largo de sus historias, importantes auges del populismo (p. 23). Esto se explica por el escaso enraizamiento del liberalismo político (p. 23). Actualmente, en ambos países, existe un amplio espectro de populismos, y, en su seno, “se afirman también unos líderes de partidos de gobierno que han jugado o juegan con un estilo populista” (pp. 23-24). La oferta populista “suscita y, al mismo tiempo, satisface una demanda de populismo comprendida como una aspiración a un cambio radical, una voluntad de [derribarlo todo], una búsqueda de [apoyo] con unos propósitos claros y netos” (pp. 24-25).

Este libro no es una simple comparación entre dos casos, sino que,

partiendo de estos dos ejemplos, aspira a ampliar su punto de vista a fin de reflexionar sobre nuestras democracias. En ese sentido, Francia e Italia, por motivos diferentes, sirven de campo de observación y de experimentación privilegiado de estas transformaciones y de la emergencia de la pueblocracia (p. 25).

En el primer capítulo, titulado “¿Qué es el populismo?”, los autores constatan “la dificultad de encontrar un enfoque común y consensual de la noción de populismo” (p. 27). A su entender, es ilusorio y vano buscar una esencia del populismo (p. 28). Ante esta situación, intentan “establecer una lista de puntos en común que [puede] cubrir el sustantivo ‘populismo’ y luego [subrayar] unos matices o unas variaciones existentes con respecto a esta base común” (p.28). Centran su atención en dos aspectos: “por una parte, el desarrollo de movimientos políticos que pretenden encarnar por sí solos el pueblo soberano y denuncian las élites [en el poder]; y, por otra parte, la mutación sustancial de la manera de concebir y de hacer política debido a la existencia de estos movimientos, pero también a otros factores” (p. 28).

De ese modo, “es posible establecer la genealogía del populismo, el cual tiene una larga historia, empezada en Rusia en la segunda mitad del siglo XIX” (p. 29). A finales del siglo XIX, “la Francia de la III República sigue estando traumatizada por el episodio de la Comuna de París y conoce, desde 1885, una depresión económica. De 1887 a 1889, el general Georges Boulanger (...) [desea], en nombre del pueblo, hacerse con el poder, derrocar la oligarquía en el poder y cambiar un régimen parlamentario cuya corrupción e ineficacia denuncia [con vehemencia]” (p. 29). En Estados Unidos, “una primera forma de populismo ha existido con Andrew Jackson, presidente de 1829 a 1837” (p. 30). Pero, su verdadero auge se produce a finales del siglo XIX con “el *People Party* fundado en 1891” (p. 30). El populismo norteamericano conoce un nuevo auge en los años 1920-1930 “con el senador demócrata de Luisiana, Huey Pierce Long, [que] se presenta en defensor de los pequeños contra los [grandes]. (...) Más tarde, durante la guerra fría, Joseph McCarthy inventa otro tipo de populismo, anticomunista (...) ante todo, pero también hostil a las élites intelectuales, artísticas y administrativas” de izquierdas (p. 30).

Estos populismos fundadores tienen unos puntos en común, especialmente una sacralización del pueblo llamado a refundar la nación

cuya esencia e integridad estarían amenazadas por lo dirigentes [en el poder] y, más generalmente, por el conjunto de los dominantes que es preciso denigrar y [expulsar]. Asimismo, el antisemitismo está a menudo presente, a veces, de manera central [y], a veces, de manera más periférica (p. 30).

Estos populismos constituyen igualmente unas matrices “a partir de las cuales se despliegan (...) diversos populismos, cada uno con sus rasgos propios, al tiempo que reproducen ciertos elementos de sus filiaciones originales” (p. 31). Por último, “el populismo (...) aparece siempre en periodos de fuertes incertidumbres, de momentos traumáticos y de fases de crisis”; crisis, a la vez, socioeconómica, cultural y política (p. 31). Estas crisis se despliegan “en el marco del sistema político existente o, al contrario, [hacen tambalear] la integralidad del sistema político” (p. 32).

En este último caso, “las crisis son más o menos intensas” (p. 32). Los populistas son, a la vez, “los productos de estas crisis y sus artesanos. Los populistas solo prosperan amplificando su carácter dramático, dibujando un panorama apocalíptico del presente y proponiendo, bien un retorno a un pasado [soñado], bien describiendo un porvenir radioso y armonioso” (p. 32). Como lo indica Pierre-André Taguieff, el populismo es “un estilo político susceptible de poner en forma diversos materiales simbólicos” (Taguieff, 1996, p. 118). Es fundamentalmente “pragmático y oportunista”, y es capaz de adoptar “unas posiciones inconsistentes y contradictorias” (p. 34).

No en vano, “se caracteriza por un conjunto bastante primitivo de creencias simples y eficaces que hace sistema, capaz de dar respuestas claras” y simples a problemas complejos (p. 34). “Su temporalidad es la de la inmediatez, del instantáneo y su régimen de historicidad [es] el del presentismo” (p. 34). Se añade a todo ello “un factor emocional esencial. (...) Para existir, el populismo necesita excitar las pasiones, lo que se traduce en su lenguaje” (p. 34). Como lo indican Diamanti y Lazar, “estas creencias están fundadas (...), ante todo, en la exaltación del pueblo y el llamamiento continuo al pueblo. Un pueblo considerado como formando una entidad única, homogénea, coherente, portadora de una verdad por esencia. (...) Ese pueblo unificado solo existe por su oposición irreducible a las élites, a los poderosos, a los [grandes]” (p. 34). Al ser un pueblo soberano, “todos los poderes emanan de él, lo que conduce los populistas a reducir, [a su mínima expresión], la separación de poderes o las diferentes instancias judiciales e independientes constitutivas de la democracia representativa” (p. 35).

El populismo se presenta como “el mejor héroe de la nación” y cae frecuentemente en “la xenofobia, el antisemitismo y el racismo, en particular contra los inmigrantes” (p. 35). Y, “porque el vínculo con la nación es fuerte, los populismos son, hoy en día, todos críticos e incluso claramente hostiles a la construcción europea que execran” (p. 35). Asimismo, las élites,

que sean políticas, económicas, financieras, culturales, intelectuales y, más recientemente, mediáticas, son presentadas como [partes integrantes] de una oligarquía (...), de una casta. Una clase dirigente supuestamente coherente, unida a pesar de sus apariencias, deshonesta, corrupta, que usa y abusa de un poder desmesurado. En consiguiente, estas élites están estigmatizadas por no representar al pueblo, dominarlo, traicionarlo, aplastarlo, explotarlo, despreciarlo, complotar en permanencia contra él y por solo actuar en función de sus intereses, por definición antagónicas a los del pueblo (p. 36).

El anti-elitismo se combina, a menudo, con el antiparlamentarismo. Los políticos y los partidos tradicionales son acusados de colusión y solo serían unos instrumentos al servicio de los dominantes, “dividiendo el pueblo para [vencerlo] y repartiéndose los recursos y las gratificaciones ofrecidas por el sistema” (p. 36). A su vez, el populismo niega

la realidad de los grupos sociales cuyos intereses son opuestos, de las tensiones internas a la sociedad, de las rivalidades diversas y variadas que se expresan por todas partes o de los individuos autónomos. (...) Borra igualmente los cuerpos intermedios y las organizaciones de intereses, al provecho de una concepción orgánica de la sociedad (p. 37).

El populismo considera que “lo que hace la cohesión de la sociedad es su identidad y no la calidad interna de las relaciones sociales; una identidad que es siempre definida negativamente” (p. 37).

Por último, “lo más a menudo, el populismo se encarna [en] la persona de un líder todopoderoso, de un hombre providencial, a veces verdaderamente carismático. El populismo dispone, por consiguiente, de una dimensión plebiscitaria, porque el poder del líder se halla legitimado por el llamamiento constante al pueblo y su pretensión a encarnar el pueblo” (p. 37). Esta centralidad del líder hace “la fuerza del populismo y lo conduce, a menudo, a mutarse en cesarismo y en bonapartismo” (p. 37). Simultáneamente, “esta dependencia al líder constituye la fragilidad intrínseca del populismo. Si el líder se equivoca, si está debilitado, si se desgasta a lo largo del tiempo en la protesta, el populismo se ve inmediatamente afectado” (p. 37). Es la razón por la cual “el populismo es intermitente, eclipsándose regularmente, al tiempo que es capaz (...) de renacer de sus cenizas. Porque el pueblo es siempre la manifestación de [profundas] inquietudes y malestares” (p. 38).

En el segundo capítulo, centrado en el neopopulismo, Diamanti y Lazar observan que, prácticamente en todos los países europeos,

a partir de mediados de los años ochenta, se afirman movimientos y partidos populistas (...). El ejemplo más emblemático es [el de] los buenos resultados del Frente Nacional en Francia en las elecciones europeas de 1984, donde obtiene el 10,95 % de los votos.

[Los populismos] conocen una real extensión tras la caída del Muro [de Berlín] y el derrumbe de los países comunistas en Rusia y en Europa [del Este] en los años noventa. Estos acontecimientos contribuyen (...) a modificar en profundidad las culturas políticas europeas, durante un largo periodo determinadas por la existencia de la URSS y el desafío comunista (p. 39).

A partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001, los populismos se apoderan del islam, “designando esta religión como el enemigo absoluto y la [convierten] en un recurso político al servicio de su [proyecto], desencadenando incesantes polémicas” (p. 39). Más recientemente, la crisis financiera de 2008 y sus consecuencias sociales deletéreas y, “a partir de 2013 y sobre todo de 2015 (...), la afluencia masiva de migrantes provenientes de Oriente Medio, de África subsahariana y del Magreb, provoca un choque (...) en las opiniones públicas europeas que explotan [los populismos]” (p. 39). De ese modo, “acentúan (...) sus progresiones electorales y acceden, a veces, al poder” (p. 39).

No obstante, si en el pasado, los populistas denunciaban las democracias parlamentarias y criticaban sus disfuncionamientos, “desde hace algunas décadas, (...) han modificado su [discurso]. De hecho, la democracia se ha consolidado gracias a la internacionalización y judicialización, hasta tal punto que la democracia se ha enraizado en las opiniones” (p. 41). Resulta de todo ello que, hoy en día, “los populistas se presentan como los mejores demócratas, al menos en la parte occidental del viejo continente” (p. 41). Critican “la ineficacia de las democracias, su parálisis y

su desvío por la clase dirigente. No cesan de recordar que la democracia consiste en el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Ambicionan, justamente, concretar ese principio fundador dándole sistemáticamente la palabra, puesto que es, por esencia, el detentor de la verdad” (p. 41).

Además,

afirman todos el vínculo indisoluble que existe entre la democracia y la nación [y] están a favor de la democracia en un solo país; [todo ello] en nombre de la proximidad con el pueblo [y] de la soberanía popular y nacional. Resulta de ello su rechazo, sin concesiones, de la Unión Europea. Todos fustigan la Europa federal, supranacional, burocrática, dirigida por unos [altos] funcionarios (...) totalmente desconectados de los pueblos y [al servicio de] las élites, porque sirven a sus intereses (p. 42).

Todos los populistas comparten una suspicacia evidente hacia “el propio principio de representación sobre el cual se apoya la democracia” (p. 42). La delegación se convierte entonces en el adversario, “porque favorece obligatoriamente la creación de una élite política (...) que confisca todos los poderes, según ellos” (p. 42). Prefieren “la voluntad general que garantiza la pureza de la democracia” (p. 42). Por lo tanto, deniegan cualquier legitimidad a los cuerpos intermedios y son favorables “a la democracia directa o inmediata que permite liberarse del largo tiempo de la deliberación” (p. 42). De ahí viene su inclinación por “el uso regular del referendo” (p. 42).

Su concepción “unanimista” del pueblo conduce los populistas “a descuidar e incluso a ocultar el pluralismo” (p. 43). Y, tampoco conceden importancia y espacio alguno a “la institucionalización del conflicto”, porque esto supondría admitir que “el pueblo no está siempre unido, sino dividido, atravesado por múltiples contradicciones internas, [segmentado] entre aspiraciones opuestas” (p. 43). Y, si existen divisiones, “solo pueden resultar de la acción malvada de las élites o de elementos perturbadores infiltrados en la sociedad que es preciso denunciar” (p. 43). Los populistas tampoco conceden demasiada importancia a “los equilibrios de los poderes y de los contrapoderes” (p. 43). Como lo escribe Pierre Rosanvallon, el populismo “radicaliza la democracia de vigilancia, la soberanía negativa y la política como juicio” (Rosanvallon, 2006, p. 271). Traduce, igualmente, “una exigencia moral de honestidad [y] de ejemplaridad” (p. 44). Responde a la demanda de “decisiones rápidas que expresa una amplia parte de la opinión pública”, en una democracia que debería ser instantánea (p. 44).

Los populistas se dirigen, prioritariamente, a unos colectivos “frágiles socialmente y culturalmente, que han dejado de reconocerse en el régimen democrático y que se abstienen” (p. 45). Hacen votar, precisamente, a esta parte de la población (p. 45). Para los populistas, es necesario deshacer al pueblo de sus “parásitos”, porque es imprescindible para garantizar y consolidar su unidad y potencia (p. 46). Por lo tanto, conviene “eliminar los fermentos de división, disolución, debilitamiento y todo lo que amenaza su integridad” (p. 46). Para existir necesita crear la categoría de “otros”, compuesta por aquellos que no formarían parte del pueblo (p.46). Estos “otros” amenazarían la soberanía del pueblo y su integridad, porque lo privarían de sus derechos,

desviarían a su provecho las prestaciones sociales, cuestionarían sus valores y perturbarían su identidad” (p. 47). Hoy en día, la hostilidad hacia los inmigrantes entra en resonancia, de manera clara, con el contexto internacional “marcado por la crisis de Oriente Próximo, la progresión del fundamentalismo islamista y la extensión del terrorismo yihadista en el Viejo Continente” (p. 47).

De manera general, “los populistas se oponen a la globalización financiera, económica, tecnológica y cultural que afecta a Europa de lleno y redimensiona su peso demográfico, económico, político [así como] su influencia intelectual en el mundo” (p. 48). El proceso de globalización instaaura un cambio socioeconómico, cultural y antropológico que afecta a todos los aspectos de la vida cotidiana y que es fuente de preocupación y de estrés. Los populistas explotan estos temores preconizando “el repliegue, el aislamiento y la creación de fronteras” (p. 48).

A todo ello se añade el impacto de la crisis de 2008 que

ha provocado, en la mayoría de los países de la Unión Europea, un auge del desempleo, un incremento de las desigualdades y un aumento de la pobreza. Ha engendrado, por lo tanto, el temor de perder su empleo, la inquietud por la familia, la angustia por el futuro de los hijos, una fuerte incertidumbre cultural, y ha acentuado la desconfianza hacia las instituciones (p. 49).

En ese sentido, “la crisis de 2008 ha agravado la desconfianza hacia los responsables [nacionales], pero también [hacia] la Unión Europea. (...) El euroescepticismo es uno de los principales argumentos de los populistas hoy en día” (p. 49). Por lo cual, los populistas quieren defender la comunidad nacional frente a la amenaza que supondría la globalización, la europeización y la inmigración.

Por último, “los populistas abogan por un retorno al pasado, presentado, a menudo, como una ‘edad de oro’. Dicen querer defender la comunidad frente a la sociedad que se [individualiza] peligrosamente según ellos. (...) El discurso populista está impregnado de nostalgia” (p. 50). A pesar de ello, los neo-populistas intentan presentarse como los vectores de la modernidad “para evitar la acusación de estar anclados en el pasado” (p. 51).

En el tercer capítulo, aborda la cuestión de la “diversidad de los populismos y de los populistas” e indica que, si el populismo tiene fermentos de unidad, “presenta, igualmente, múltiples variantes” (p. 53). En ese sentido, “es, a la vez, singular y plural” (p. 53). Así, Pierre-André Taguieff distingue “un populismo de protesta, que opone el pueblo de abajo a los dirigentes de arriba, y un populismo identitario, fundamentalmente vinculado a la nación” (p. 53).

La Agrupación Nacional de Marine Le Pen ha conseguido combinar estos elementos “para forjar un nacional-populismo que ha tenido múltiples émulos en Europa” (p. 53). De hecho, se suele asociar el populismo a la extrema derecha. Los partidos de izquierdas proceden a esta simplificación, a la vez, para motivar a sus bases en nombre del antifascismo y para descalificar a sus adversarios políticos (p. 54). Esta vinculación se explica por razones históricas. En efecto, la extrema

derecha se ha opuesto a la democracia, ha criticado el régimen parlamentario y ha recurrido a la xenofobia y al racismo. Por lo tanto, dispone de un innegable componente populista (p. 54). No en vano, “la extrema derecha o la derecha extrema siempre ha sido diversificada, [dividiéndose] en varias sensibilidades y [manifestando] notables divergencias sobre la visión de la sociedad o la concepción de la política” (p. 55).

No obstante, existe un populismo de izquierdas.

Los socialistas, sobre todo en el siglo XIX, con, a veces, resurgimientos en el siglo siguiente en ciertos partidos como en Francia y en Italia, pero sobre todo los comunistas y la extrema izquierda en los años sesenta y setenta, han tenido un componente populista, con su crítica de la democracia burguesa, su denuncia de las clases dominantes (...) y su elogio (...) del pueblo (pp. 55-56).

Si en el pasado ese populismo tenía dificultades para prosperar por la influencia del marxismo que pensaba la sociedad en términos de clases sociales, actualmente,

un populismo de izquierdas es explícitamente reivindicado desde un punto de vista teórico a fin de revivificar la democracia a partir del conflicto que opondría un pueblo cívico y consciente a las políticas individuales, y que refundaría la soberanía popular fundada en la igualdad. Ese populismo es, a la vez, crítico con la democracia representativa (...) y ferviente promotor de la democracia directa (p. 56).

Originaria de América Latina y basada en experiencias locales, ciertas formaciones europeas se reivindican de esta corriente política: Die Linke en Alemania, la Francia Insumisa en el Hexágono, Podemos en España o Syriza en Grecia (p. 56). Estos partidos oscilan entre su fidelidad a sus orígenes de izquierdas y su propensión a superar la división que opone la izquierda a la derecha a fin de dirigirse a otros electores y ciudadanos (p. 56).

Hoy en día, estos populismos de derechas o de izquierdas o, mejor dicho, “que se impregnan de restos ideológicos propios a la derecha o a la izquierda, pretenden, frecuentemente, superar estos bandos políticos que (...) les parecen demasiado limitados” (p. 57). La novedad estriba en “la amplitud que toma ese movimiento de emancipación con respecto a estas dos categorías tradicionales de la política” (p. 57).

Según Margaret Canovan, el populismo político se divide en cuatro grupos: la dictadura populista, la democracia populista, el populismo reaccionario y el populismo de los políticos (p. 58). Las distinciones entre los diversos populismos “no constituyen unas clasificaciones rígidas y compartimentadas. Son unos ideal-tipos que permiten (...) una cierta inteligencia de la realidad, sabiendo que en ellas pueden entremezclarse diversos populismos” (p. 59).

Así, los populistas tienen diferentes concepciones del pueblo. Yves Mény e Yves Surel distinguen tres dimensiones del pueblo: el pueblo soberano, el pueblo clase y el pueblo nación; mientras que Pierre-André Taguieff separa el pueblo *demos* y el pueblo *ethnos* (p. 60). Los romanos, de su parte, distinguían el *populus* y la *plebs* (p. 60). Si, para algunos populistas, el pueblo es la

plebs, es decir los abandonados y desheredados, para otros, “el pueblo es el lejano descendiente del *populus*, a saber, un pueblo compuesto por ciudadanos activos, caracterizados por una politización intensa y permanente que no pasa por el único recurso al referendo sino por un activismo continuo” (p. 61). “Estas diferentes concepciones del pueblo no son exclusivas unas de otras. Son raramente químicamente puras [y] se ordenan entre ellas según diversas modalidades” (p. 62).

Estas variaciones en torno al pueblo tienen, también, una implicación en “la concepción de la democracia. (...) Conceden la preeminencia a la encarnación sobre la representación, (...) pero con unas variaciones según los partidos” (p. 62). Estos elementos contribuyen, igualmente, a diferenciar los populismos, empezando por

la sociología de sus electorados. A menudo, en sus inicios, los partidos y movimientos populistas resultan de una suerte de radicalización ideológica de una parte del electorado, de derechas y de izquierdas, que estiman que sus partidos tradicionales se parecen demasiado. Pero, la progresión populista ha expresado, cada vez más, una amplia protesta política, social y cultural que afecta a múltiples electorados en las capas populares y las clases medias (p. 63).

Asimismo, si los populistas están en contra de los partidos, “deben organizarse, al tiempo que se esfuerzan en no reproducir lo que execran” (p. 63). En realidad, “sus formas de organización varían considerablemente, tomando la forma de partidos o de movimientos” (p. 63). A su vez, “los populistas no pueden existir sin líder”, sabiendo que éste se distingue del líder popular (p. 64). De hecho, el líder populista se afirma a medida que la política se personaliza a causa de la importancia tomada por los medios de comunicación (p. 64).

Estos líderes y sus formaciones aprovechan la debilidad y el declive de los partidos tradicionales que les dejan un gran espacio (...). Desestabilizan al conjunto de los partidos y perturban su juego acusándolos de todos los males, denunciando su colusión, explicando que se parecen y que sus rivalidades solo son aparentes, en particular en lo que concierne a sus políticas económicas, sociales o migratorias (p. 65).

Consiguen imponer sus temáticas, como por ejemplo la inmigración, la seguridad o la protección social (p. 65). “Favorecen la radicalización de los partidos de gobierno, tanto de derechas como de izquierdas. Por último, contribuyen a importantes recomposiciones y refundaciones del sistema de partidos” (p. 65).

En el cuarto capítulo, dedicado a la recurrencia de pulsiones populistas en Francia e Italia, los autores constatan que, más allá de lo que distingue ambos países en política, estas dos naciones “conocen regularmente unas pulsiones populistas” (p. 67). Mientras que el Hexágono dispone de un sistema político que favorece los populismos, al conceder un poder considerable al presidente, en Italia, el riesgo recurrente del populismo aparece como un remedio ante “la incapacidad del sistema político a renovarse” (p. 67).

Así, en Francia, “el siglo XIX ha estado marcado por el boulangismo, fenómeno meteórico de una duración de tres años, que ha sentado las bases de un cierto populismo francés” (p. 67). El general Boulanger quiere deshacerse de la oligarquía y critica duramente el parlamentarismo (pp.

67-68). “El boulangismo expresa, ante todo, un cuestionamiento del régimen, minado por unos escándalos [de corrupción]” (p. 68). Desea “una República honesta (...), un poder ejecutivo fuerte, el recurso al referendo popular y revitalizar (...) la nación francesa” (p. 68). Se beneficia de “numerosos periódicos, carteles contundentes y masivamente pegados en las paredes, canciones populares”, etc. (p. 68). Pero, sobre todo, “el boulangismo es Boulanger, hombre providencial, objeto de un verdadero culto” (p. 68).

Otro populismo de finales del siglo XIX en Francia es de carácter antisemita (p. 69). “Está (...) encarnado por Edouard Drumont y se cristaliza en el seno de la Liga Antisemita fundada en 1889” (p. 69). A partir de entonces y, para un largo periodo, “el antisemitismo se convierte en un componente esencial del populismo” (p. 69).

El segundo gran momento populista se sitúa durante los años treinta, “marcados por una crisis política, económica y social extremadamente fuerte y por un contexto internacional de auge de los regímenes autoritarios y totalitarios” (p. 69). Este populismo de extrema derecha, “diversificado y ramificado en múltiples partidos, ligas y movimientos, fustiga la democracia, el Parlamento (...) y la clase política (...) corrompida y parasitaria” (p. 69). Es, igualmente, nacionalista y anticomunista (p. 69).

El poujadismo representa la tercera etapa del populismo en el Hexágono durante la IV República (p. 70): “Es el producto de una aceleración de la modernización que amenaza múltiples profesiones tradicionales de artesanos, comerciantes y pequeños empresarios que se sienten [explotados] por el fisco” (p. 70). Además, “la descolonización, la potencia del Partido Comunista Francés (PCF) y de los gaullistas (...), la inestabilidad gubernamental, los juegos parlamentarios y diversos escándalos [de corrupción] contribuyen a convertir el clima político en deletéreo” (pp. 70-71).

La Unión por la Defensa de los Comerciantes y Artesanos y su responsable, Pierre Poujade, que es objeto de un verdadero culto de la personalidad por parte de los afiliados, “se ilustran, a partir de 1953, por su revuelta anti-fiscal y afirman su solidaridad con los franceses de Argelia [que se sienten] amenazados por el proceso de descolonización” (p. 71). Rechazan el parlamentarismo y los responsables políticos, cuestionan las élites políticas, tecnocráticas y culturales, y “heroizan al pueblo francés, productor y trabajador, el pueblo de las aldeas, provincias y colonias” (p. 71). Los poujadistas son “nacionalistas, xenófobos, antisemitas, hostiles al mercado común y oponen el país real al país legal” (p. 71). Se presentan a las elecciones de 1956 donde obtienen 2,5 millones de votos, es decir el 11,6 % de los sufragios expresados, y 52 diputados (p. 71). Pero, ese movimiento se desvanece con la vuelta del general De Gaulle al poder en 1958 (p. 71).

Posteriormente,

la extrema derecha continuará existiendo, [promoviendo] sus temas habituales (...), a los que añade la defensa de la Argelia francesa y el odio de De Gaulle. Esta extrema derecha minoritaria será igualmente violenta. El Frente Nacional, fundado en 1972, se inscribe en esta tradición (p. 71).

El populismo está también presente en la izquierda. “Su populismo por intermitencia es protestatario e identitario” (pp. 71-72). Por una parte, para la izquierda, “el pueblo está explotado pero unido, [es] profundamente justo y bueno, victorioso e invencible” (p. 72). Por otra parte, “el pueblo detiene la soberanía política y debe participar en la vida democrática” (p. 72). El anticlericalismo de izquierdas “apunta al poder económico, basado en el dinero” (p. 72). Ataca, igualmente, los “responsables políticos que defienden supuestamente los intereses del capital o sus propios intereses. (...) Por último, las élites [intelectuales] no están siempre a salvo y el populismo de izquierdas [hace gala, a veces], de anti-intelectualismo” (p. 72). En el corazón del populismo de izquierdas, “se halla la denuncia de la dominación económica, social y cultural” (p. 72).

No en vano, ese populismo “no se manifiesta como una potencialidad a la cual se oponen otras fuerzas. Por una parte, [incide] la influencia del marxismo [que] erige las clases sociales en categorías fundamentales [de la visión] de las sociedades. (...) Por otra parte, el desarrollo del populismo es dificultado por la existencia de organizaciones políticas estructuradas” (p. 73). Así, el populismo del PCF “se manifiesta por las acusaciones repetidas contra los [grandes], que se encarnan, según los momentos, en las 200 familias [más ricas], los *trusts*, los monopolios y el capitalismo monopolístico de Estado” (p. 73). Por su parte, el Nuevo Partido Socialista, creado tras el Congreso de Epinay en 1971, “está fuertemente impregnado por el marxismo, pero [adquiere] una tonalidad populista cuando hace un llamamiento al conjunto del pueblo y demoniza a sus enemigos” (p. 75). Para la izquierda, “el pueblo no es solamente una entidad social ampliamente mayoritaria, levantada contra un puñado de parásitos enemigos, [sino que] designa también el poder político en gestación” (p. 75).

El populismo se afirma de manera más nítida aún “en ciertos grupos maoístas de los años sesenta-setenta (...), como la UJCML y su periódico *Servir le peuple* o *La cause du peuple*. (...) El pueblo está constituido por el ensamblaje de todos los pequeños contra los [grandes] y los aparatos institucionales y políticos” (p. 76). Ese populismo prolonga dos tradiciones. Por un lado, “prolonga una lectura revolucionaria del jacobinismo que desconfía de la representación”; y, por otro lado, se adhiere a “una representación de la nación que se constituye por la exclusión de los privilegiados extraños al cuerpo social y político” (p. 76).

En Italia, “la izquierda conoce igualmente unas pulsiones populistas” (p. 77). Se enfrentan dos tipos de populismos.

Uno, de izquierdas, de origen jacobino y revolucionario, toma dos sentidos, el de una voluntad de subversión radical y el de una modernización forzada y autoritaria [llevada a cabo] por una élite en nombre del pueblo. El otro es el populismo *sanfedista* [que] hace un llamamiento al pueblo contra el cambio y preconiza la vuelta a una [supuesta] edad de oro (p. 77).

Ese primer populismo resurge con vigor “tras la Segunda Guerra mundial y posteriormente a dos décadas de régimen fascista. (...) Su populismo se apoya en una visión indiferenciada de las masas populares como sujetos de pulsiones de rebelión” (pp. 77-78). En cuanto al populismo del Partido Comunista Italiano, “resulta de la estrategia política de amplia unión antifascista, (...) pero se funda igualmente en las consideraciones teóricas de Gramsci quién estimaba que, en Italia, la tarea era reunir al pueblo para acabar la unificación nacional y realizar la revolución democrática” (p. 78). En Italia,

el tradicional populismo jacobino de izquierdas tras la Segunda Guerra mundial está confortada por varios factores: las tensiones inherentes entre el norte y el sur del país, la impregnación populista proveniente del catolicismo, y, por último, una forma de populismo cultural muy presente en la literatura (...) y el cine (p. 79).

Pero, la izquierda no tiene el monopolio del populismo, ya que éste toma múltiples formas desde el siglo XIX,

en particular en la época del *Risorgimento*. Se ha convertido incluso en uno de los componentes del fascismo del siglo XX que se inscribe en unas tradiciones anteriores a su emergencia y que introduce novedades: jefe carismático (...), rechazo de la democracia, denigración del Parlamento y de las antiguas clases dirigentes, elogio del pueblo, [etc.]. (p. 80).

Después de la guerra, “el *qualunquismo* (...) se afirma [a partir] de los años 1994-1995. Se convierte en movimiento político al inicio del año siguiente, obteniendo más del 5 % de los votos en las elecciones de la Constitución en junio de 1946” (p. 81). Pero, este movimiento desaparece en 1948 a causa de las divisiones internas y del estallido de la Guerra Fría (p. 81).

Italia conoce otras experiencias de populismo, empezando por

el clientelismo mediterráneo y paternalista que practica de manera casi caricatural, en los años cincuenta y sesenta, el armador napolitano Achille Lauro, hombre de negocios entrado en política (...). Reviste una innegable dimensión populista. (...) Hostil al Estado y a las ideologías, halaga el orgullo napolitano y meridional (p. 82).

La década de los años setenta es sinónimo de “divorcio entre una sociedad en pleno [cambio] y una clase dirigente que parece replegada sobre sí misma” (p. 83). Aparece, entonces, el populismo del Partido Radical que “denuncia los bloqueos del Parlamento, critica la partitocracia (...) que intenta en permanencia subvertirlo, (...) y multiplica la práctica del referendo abrogativo concebido como un instrumento de la democracia directa” (p. 83).

En suma, Italia tiene una larga tradición de populismos “que se explica, entre otros [factores], por el peso de la herencia totalitaria fascista, su breve experiencia de una verdadera democracia liberal y representativa, y los [defectos] de su clase dirigente” (p. 84).

En el quinto capítulo, consagrado a los populismos y a los populistas en Francia hoy en día, Diamanti y Lazar recuerdan que el Frente Nacional (FN) obtiene sus primeros éxitos electorales en las municipales de 1983, especialmente en Dreux, y el año siguiente en las elecciones europeas.

Dos años más tarde, Jean-Marie Le Pen consigue el 14,6 % de [las papeletas]. En los años 2000, sus resultados son aún más amplios. En 2002, Jean-Marie Le Pen crea una sorpresa considerable, [ya que], con el 16,9 % de los sufragios, se clasifica para la segunda vuelta de la elección presidencial (p. 86).

Marine Le Pen, va más allá, puesto que consigue el 18 % en la primera vuelta de la elección presidencial de 2017 y el 34 % en la segunda vuelta, con más de 10 millones de votos (p. 86).

El FN es un partido de extrema derecha por “sus orígenes, sus temáticas nacionalistas, xenófobas, racistas, antisemitas, anticomunistas, anti-gaullistas, [y sus] críticas a la República. Pero, igualmente, [como consecuencia de] sus referencias históricas [o sus] inspiraciones intelectuales” (p. 87). No en vano, esta clasificación es insuficiente, dado que no permite, por sí sola, “comprender toda la complejidad, plasticidad y (...) novedad de ese partido. Este ha aparecido rápidamente como uno de los principales prototipos del populismo contemporáneo, para Francia, pero igualmente para Europa” (p. 87).

Pierre-André Taguieff lo califica de nacional-populista, para el cual la “nación recubre dos realidades estrechamente imbricadas: la protesta permanente y la dimensión identitaria” (p. 87). La protesta contra “la clase dirigente, corrupta, podrida, en colusión constante, que complota en permanencia contra el pueblo” (p. 87); protesta, también, contra los partidos de gobierno galos y contra la Unión Europea acusada de todos los males y, en particular, de saldar la nación” (p. 88). Esto implicaría la necesidad de defender su identidad,

supuestamente eterna, fijada en un pasado inmemorial y en su gesta épica, pero amenazada (...) por la inmigración masiva que [se apropia de] el empleo de los [ciudadanos] franceses, incrementa la delincuencia [y] trastorna las costumbres [locales] (p. 88).

Estaría, asimismo, amenazada por el islam que “ocupa el espacio público, impone sus reglas, viola las tradiciones nacionales”; por el cosmopolitismo de las élites; y por Europa (p. 88). Ante ese declive, el nacional-populismo considera indispensable “restaurar su esencia, su grandeza, su gloria, su dignidad, su orgullo al provecho del pueblo, el de los franceses [de origen], definidos desde un punto de vista étnico” (p. 88). En ese sentido, promueve un nacionalismo cerrado y excluyente, conservador y reaccionario (p. 89).

El populismo del Frente Nacional ha evolucionado “en función de los cambios de estrategia, tanto de sus avances electorales como de sus fracasos, y de sus [divisiones] internas” (p. 89). Marine Le Pen, que accede a la presidencia del FN en 2011,

cambia rápidamente una parte del vocabulario, pero también del *software* del partido. (...) Con ella, el Frente Nacional se ha convertido en nacional-social-populista. Por una parte, conserva los fundamentos del lepenismo (...), y, por otra parte, preconiza el proteccionismo económico, la defensa de los servicios públicos y de la protección social, (...) y se erige en héroe de la República y de la laicidad (pp. 89-90).

Apropiándose en nociones y temáticas gaullistas y de izquierdas, desea enraizarse más duraderamente en un electorado popular y obrero (p. 90). El pueblo es entendido en su aspecto social. “En consecuencia, el Estado debe proteger las [conquistas] sociales [y] los [avances] modernos en materia de derechos humanos, en particular los de las mujeres. Es también un pueblo político que debe ejercer su soberanía gracias a la democracia directa [basada en el referendo]” (pp. 90-91).

En la izquierda, Jean-Luc Mélenchon abandona el Partido Socialista en 2008 y funda el Partido de Izquierdas que formará parte del Frente de Izquierdas en 2009, junto con el PCF y otras pequeñas formaciones. En la elección presidencial de 2012, consigue el 11 % de los sufragios. Su discurso tiene ciertos tintes populistas (pp. 91-92). En efecto, hace un llamamiento a “la insurrección cívica y a la revolución ciudadana. (...) Critica la personalización de la política [y] celebra un pueblo político, hiper-democrático” (p. 92).

Cinco años más tarde, lanza el movimiento Francia Insumisa “centrado en su carisma personal. Ese movimiento se inspira en Syriza y Podemos y afirma practicar una forma de democracia directa” (p. 93). Hace campaña sobre la superación de la división izquierda-derecha” (p. 93). Al tiempo que se reivindica de una “izquierda francesa, republicana, laica, humanista, estatal, proteccionista, social, protestataria y radical”, defiende la revocación de los electos durante sus mandatos, la convocatoria de una asamblea constituyente o la organización frecuente de referendos de iniciativa ciudadana (pp. 94-95). Preconiza, igualmente, “renegociar el contenido de los tratados europeos, abolir la autonomía del Banco Central [europeo], devaluar el euro, (...) poner en marcha un proteccionismo solidario”, etc. (p. 95). En 2017, Mélenchon defiende claramente un proyecto populista que le permite obtener el 19,5 % de los votos, es decir “una progresión de más de ocho puntos en cinco años” (p. 96).

Se inspira, para ello, en las experiencias latinoamericanas y en las teorías de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Afirma, así, que “la nueva confrontación se articula entre el pueblo y la oligarquía” (p. 97). Para Mélenchon, el pueblo es “ciudadano, responsable, demócrata, consciente, virtuoso, activo [y] politizado” (p. 97).

En resumidas cuentas, hoy en día, Francia tiene dos populismos representados en el Parlamento, relativamente implantados, aunque presenten numerosas debilidades, decididos a afirmarse como la oposición más intransigente al presidente Macron (p. 98). Además, estos movimientos populistas han tenido, por su presencia y su dinamismo, un efecto colateral y “han hecho émulos en los partidos de gobierno y entre los recién llegados a la política” (pp. 98-99).

Para responder al desafío de estos movimientos populistas, así como a la desafección hacia la política, “ciertos representantes políticos han intentado recurrir a un cierto estilo populista en su lenguaje y su comportamiento” (p. 99). Así, la dimensión populista ha sido una constante en Nicolas Sarkozy que se caracteriza por

un liderazgo personal exuberante que confina al narcisismo, una importancia considerable concedida a la comunicación, un talento [incomparable] por la televisión (...), una mediatización [permanente], un lenguaje claro [y] asequible al común de los mortales, una denuncia recurrente de las élites [en el poder], una postura de *outsider*, una manera de distinguirse de los responsables políticos tradicionales, una voluntad de presentarse como un hombre nuevo, una crítica de los magistrados y del poder judicial, un elogio (...) del liberalismo económico, un posicionamiento posideológico, la introducción de métodos de gestión [empresariales] en política y unas referencias constantes al modelo de la empresa para las políticas públicas (p. 101).

En el sexto capítulo, centrado en los populismos y los populistas en Italia en la actualidad, los autores recuerdan que, en los años noventa, coinciden con la irrupción de Silvio Berlusconi en la política transalpina: “Empresario en el ámbito de los medios de comunicación y de la publicidad, [ocupa una] posición dominante a nivel nacional. Se trata de la variante mediática y empresarial del populismo a la italiana” (p. 106). Berlusconi es un ejemplo de personalización, mediatización, marketing político, conquista de la confianza del público, y, por lo tanto, de incremento de su audiencia” (p. 106). No en vano, como empresario-líder, se trata de un ejemplo difícil de reproducir (p. 106).

Funda y dirige un partido, Forza Italia, que se halla a su servicio personal. El propio líder crea el partido, “lo dota de reglas y de valores, de identidad y de organización, de recursos materiales y simbólicos” (p. 106). Forza Italia gana las elecciones legislativas del año 1994, algunos meses después de su creación (p. 106). La constitución del Pueblo de la Libertad, “en el otoño de 2007, no cambia ni la sustancia, ni la naturaleza del partido, porque en el corazón del proyecto está siempre Berlusconi firmemente instalado” (p. 107). Solo cambia, eventualmente, “su cohesión interna y su implantación territorial” (p. 107). Se trata de un proyecto deseado e incluso impuesto por Berlusconi en persona para responder al desafío del Partido Demócrata (p. 107). Pero, después de unos resultados decepcionantes en las elecciones de 2013, el *Cavaliere* refunda Forza Italia y cambia parcialmente su estrategia y posicionamiento, aunque permanezca personalmente vinculado a Berlusconi (p. 107).

Forza Italia es “genéticamente y semánticamente populista, porque su identidad se reproduce [a través de] una relación directa entre el jefe y el pueblo” (p. 108). Berlusconi es un empresario exitoso que se dirige a

un pueblo compuesto por personas que, a través de él, piensan, imaginan, esperan [igualmente conocer el éxito] y reproducir la misma trayectoria que él. Un pueblo caracterizado, mayoritariamente, por unas tasas elevadas de consumo televisivo y por un perfil social ambivalente formado por las categorías populares y periféricas, y los trabajadores independientes (p. 108).

La Liga Norte es otro caso de populismo. A pesar de su diferencia con Forza Italia, es también un partido personal. “En sus orígenes, la Liga atrae y moviliza a las clases medias privadas de [las provincias productoras] del Norte. Posee una identidad fuerte y marcada: anti-centralista y anti-romana” (p. 109). La Liga Norte

dispone de una amplia base, enraizada en el territorio, de militantes, fieles al partido y al mito de la Padania (...). Este partido necesita a un líder que garantice su cohesión interna, porque se dirige a unos Nortes diferentes, distintos y, a veces, contradictorios (p. 109).

Umberto Bossi “les ofrece un espejo y una referencia común”, así como “un lenguaje común a los diversos sentimientos y resentimientos” (p. 109). En ese sentido, la Liga es y se convierte en un “partido carismático de masas” (p. 110). Ese carácter personal, que le confiere su unidad y cohesión, es también su límite, “porque el destino personal del líder se repercute en el partido, en su conjunto” (p. 110). Los casos de corrupción que afectan a Bossi inciden directamente en la trayectoria de la Liga Norte (p. 110).

En diciembre de 2013, Matteo Salvini, tras ganar las primarias, se hace con las riendas del partido. “Transforma en profundidad la identidad y la imagen del partido (...). Salvini impone entonces a la Liga un giro abiertamente lepenista. (...) La Liga Norte se convierte en la Liga Nacional (...). El euroescepticismo, al tiempo que un posicionamiento de cerrazón hacia los inmigrantes”, constituye un elemento recurrente de su discurso (p. 110). A partir de 2013, Salvini “nacionaliza la Liga y orienta la crítica contra Europa desde una posición soberanista. Al mismo tiempo, Salvini acentúa la identidad del partido en un sentido abiertamente personal” (p. 111).

La tercera variante del populismo a la italiana es el Movimiento 5 Estrellas (p. 111). Es creado en 2009 por una personalidad: Beppe Grillo, que le confiere su unidad de cara al interior y al exterior. Grillo “les ofrece una red, un espacio común que les permite ser visibles y visibilizar sus reivindicaciones, de las cuales Grillo es el megáfono, el altavoz” (p. 111). El M5S es un movimiento que se dirige a un público amplio y diversificado. De hecho, “su electorado se reparte en todo el territorio nacional y está compuesto por categorías socio-profesionales diferentes: trabajadores independientes, pero también obreros, estudiantes, desempleados o empleados” (p. 112). Sobre todo, atrae “a los jóvenes y a los jóvenes adultos” (p. 112). En 2018, el Movimiento 5 Estrellas goza de una sólida implantación electoral y su “electorado se ha fuertemente meridionalizado”, ya que obtiene sus mejores resultados en el Sur del país y en las Islas (p. 112).

El M5S ha surgido “al final de la primera década de los años 2000, con las iniciativas abiertamente programáticas lanzadas por Beppe Grillo, bajo el signo explícito de la anti-política, de la oposición abierta a los políticos y a la política tradicionales” (p. 112). Tras unos buenos resultados en las elecciones municipales y regionales de 2012, se impone con claridad en las legislativas de 2013 (p. 113). La principal razón de ese éxito estriba en la autodefinición del M5S como un movimiento alejado de los partidos clásicos. Se trata de un no-partido o de un anti-partido, al que

“Beppe Grillo ha dado un rostro, una voz y un modelo de comunicación” (p. 113). El Movimiento 5 Estrellas conoce cierto éxito “gracias al voto de protesta de electores insatisfechos de los demás partidos, porque (...) ofrece una alternativa a la democracia representativa, utilizando la red como método de participación directa y de des-intermediación” (p. 113). Por lo cual, se trata de un movimiento “técnicamente populista” (p. 113).

Pero, en Italia, el clima populista va mucho más allá: “Influye y contamina igualmente otros partidos y líderes, tradicionalmente extraños a esta orientación” (pp. 113-114). En ese sentido, cierta dosis de populismo es necesaria para afirmarse a nivel electoral y político (p. 114). Así, el centroizquierda se ha adaptado a estas tendencias “después de haber experimentado su incapacidad, no solamente a afirmarse, sino también a [ser] competitivo en el marco de nuevas reglas mayoritarias introducidas en 1993” (p. 114). Tras instaurar las primarias, a partir de 2005, para la elección de su líder, “Renzi representa la primera verdadera respuesta del Partido Demócrata” a la personalización de la vida política (p. 116). Renzi no se presenta como un político profesional, a pesar de haber sido alcalde de Florencia, y se enfrenta al sistema de los partidos (p. 116). Por lo tanto, “ha recurrido a las primarias, (...) para imponer una huella resolutamente personalizada y mayoritario al sujeto político que es el centro-izquierda” (p.117).

El populismo tiende a normalizarse y pierde progresivamente su connotación negativa y estigmatizante (p. 119). Se tiende a des-demonizar ese término “de manera explícita y provocativa” (p. 120). En esa óptica, la alianza Liga-M5S es significativa porque el gobierno italiano está formado por “dos partidos populistas y formalmente anti-sistema” (p. 122).

En el séptimo capítulo, que se interesa por las razones del populismo, los politólogos franco-italianos consideran que

cuatro tipos de explicaciones pueden ser avanzadas a propósito de la progresión de los populistas: [la primera] de orden económico y social, la segunda de tipo político, la tercera de orden tecnológico y la última [de carácter] más cultural e identitario (p. 124).

En Francia, “el débil crecimiento desde hace décadas, los efectos de la globalización y las políticas de [austeridad] han tenido efectos considerables, acentuados (...) por la crisis financiera y económica abierta a partir de 2008” (p. 124). La profunda desindustrialización

iniciada a finales de los años setenta ha afectado a regiones enteras en el Norte y en el Este del país, [convirtiéndolos] en siniestradas, con ciudades y pueblos desertados y poblaciones traumatizadas. El desempleo de masas se inscribe a largo plazo. (...) Las condiciones de trabajo se precarizan, desestabilizando a la mano de obra. Las desigualdades de toda naturaleza se incrementan (p. 124).

Como consecuencia de ello, “una forma de desesperanza social se ha extendido. La inquietud por el porvenir, especialmente el de los hijos, afecta a las categorías más populares, pero también a las clases medias inferiores atemorizadas por el riesgo de desclasificación social” (p. 125). Unas protestas de exasperación y de cólera se producen regularmente, como lo muestra el movimiento de los Chalecos Amarillos (p. 125).

Los movimientos populistas se desarrollan en ese caldo de cultivo que, a la vez, “traducen en política ese profundo malestar y lo mantienen e incluso lo exacerban al máximo” (pp. 125-126). “Sus descripciones apocalípticas de los tiempos presentes los conducen a designar a aquellos que, según ellos, son responsables de ese estado de la sociedad y a [presentarse] como los salvadores, gracias a algunas metas que presentan como de sentido común” (p. 127).

Italia, de su parte, “como algunos otros países del Sur de Europa, es de aquellos donde las consecuencias de la crisis se han hecho sentir lo más profunda y duramente” (p. 126). El desempleo ha aumentado considerablemente, aunque existan notables disparidades territoriales y generacionales (p. 126). Por lo cual, los efectos de la crisis han sido significativas, incluso a nivel del sistema político. Entre las consecuencias más relevantes, es preciso mencionar el proceso de “redefinición de las divisiones (...) que estructuran el espacio político” (p. 127). Por un lado, se halla la división centro-periferia, y, por otro lado, la división entre defensores y detractores de la Unión Europea (p. 127).

Con el nacimiento de nuevos partidos protestatarios, “el sistema de partidos tiende al tripartidismo: la Liga aliada a Forza Italia, el Movimiento 5 Estrellas y el Partido Demócrata” (p. 127). Italia paga “la debilidad de otros canales de intermediación de las demandas y de los intereses. En primer lugar, los sindicatos y las asociaciones categoriales que padecen un proceso de deslegitimación y de segmentación” (p. 128). Asimismo, los movimientos sociales han sido incapaces de “dar una representación unitaria y eficaz a la protesta social” (p. 128). En ese sentido, las divisiones clásicas no consiguen estructurar el conflicto social “unificando y cimentando los frentes en presencia. El debilitamiento de las bases socioeconómicas, el desmoronamiento de las ideologías y de [las organizaciones] lo explican en parte” (p. 128).

No en vano, “lo económico y lo social no son las únicas causas de la expansión populista” (p. 129). Por una parte, “porque ésta afecta igualmente en Europa a otros países que no presentan las mismas características y que [conocen] una relativa prosperidad” (p. 129). Por otra parte, “porque el factor político resulta decisivo” (p. 129). En Italia, la progresión del populismo se atribuye a menudo “a las instituciones y a los modos de escrutinio que impiden la formación de una mayoría clara y la existencia de una real gobernabilidad: la incapacidad a actuar estaría en cuestión. Pero, no es el caso de Francia” (p. 129). Para los autores, el auge de los populismos está relacionado con la transformación y la crisis de la democracia representativa y el declive de los partidos tradicionales (p. 129). En efecto, todos los populistas comparten el hecho de “cuestionar abiertamente los partidos, el Parlamento, los políticos [profesionales], y, por extensión, los administradores y los gobiernos locales” (p. 129).

Criticando las élites de gobierno, incapaces de contener la inmigración, “imputan a los partidos tradicionales la responsabilidad de haber desencadenado un fenómeno hoy en día percibido como la principal amenaza que pesa sobre la identidad cultural y sobre las condiciones que regu-

lan el mercado de trabajo; minando la [convivencia]” (pp. 129-130). La crisis de los partidos de masas es “el signo principal del cambio de las relaciones entre sociedad y política. La incapacidad creciente por entrar en relación con la base popular (...) explica [buena parte] de las dificultades que encuentran la política y los gobernantes” (p. 130). En Italia, los cambios de sistema coinciden con grandes cambios “que conciernen la ley electoral en un sentido mayoritario” (p. 130).

Existe una desconfianza social creciente hacia las instituciones y las organizaciones del gobierno representativo. “En particular, los partidos [se hallan en] el último lugar de la clasificación sobre la escala de confianza de los ciudadanos” (p. 131). Esto traduce un “deseo de desintermediación” y una “exigencia que sean cortocircuitados los mediadores y las mediaciones, en la relación entre gobernados y gobernantes” (p. 132). El problema se centra en “la manera en que es percibida la democracia representativa. Su imagen se deteriora seriamente. Se dibuja una sociedad inmediata, hostil a toda forma de mediación con gobiernos y poderes” (p. 132). Esta demanda concierne igualmente a los medios de comunicación, ya que Internet es preferida “a los periódicos y a la televisión” (p. 132).

Estamos, nos dicen los autores, en una

sociedad de la desconfianza, que se refleja en la política, en la medida en que la desconfianza se convierte en un recurso antipolítico y no solamente en un instrumento de control, de contra-democracia. (...) Se transforma, también, en una cuestión polémica porque explotar la desconfianza es más fácil y más ventajoso que engendrar y promover la confianza (p. 133).

Los partidos y los líderes políticos “elaboran y explotan unos mensajes y unas imágenes [centrados], no en la confianza, sino en su contrario, la desconfianza, la desconfianza hacia los líderes, los partidos políticos, hacia los demás” (p. 133).

Pero, “la profunda desconfianza de la sociedad no es específica a Italia”, como lo muestran los estudios realizados en Francia, por el Cevipof por ejemplo (p. 113). La desconfianza masiva hacia la clase política, considerada como desconectada de las realidades y demasiado alejada de los ciudadanos, “desemboca en una desconfianza hacia la política” (p. 134). La ola populista actual crece en razón de esta desconfianza generalizada

que vuelve la desconfianza contra los líderes políticos, los cuales, a su vez, se dirigen a un pueblo indistinto, de manera directa e inmediata. (...) Los arengan, levantan el pueblo contra los demás líderes, contra los políticos, (...) alimentando así un juego a suma negativa, que afecta a todo el sistema político y el de los partidos (p. 136).

En ese contexto, “los partidos se transforman en anti-partidos o en no-partidos, en antagonistas de los partidos como tales” (p. 136). El M5S en Italia o, en menor medida, el movimiento En Marche en Francia lo ilustran (p. 136).

Hoy en día, “los líderes y sus partidos son emprendedores públicos que se apoyan más en la desconfianza que en la confianza, porque la desconfianza se ha convertido en el recurso principal del consenso” (p. 138). Los populistas se aprovechan igualmente “del rol que han empezado a jugar los medios [de comunicación] de masas, los cuales han redefinido en profundidad el vínculo político entre partidos y sociedad, y han contribuido a transformar, definitivamente, la relación tradicional entre electo y elector” (p. 138). Por un lado, una nueva pedagogía política aparece, “basada principalmente en la televisión, que ofrece al líder la posibilidad de dirigirse directamente al ciudadano” (p. 139). Por otro lado, el ciudadano desconfía de la representación y de los representantes políticos (p. 139). El advenimiento de Internet ha contribuido a “acelerar (...) estos cambios, reforzando la desintermediación, a través de la legitimación pública de lo digital como arena política para el presente y para el futuro” (p. 139). Las redes sociales, además de acelerar los ritmos en la toma de decisiones y de ofrecer la posibilidad de opinar, “han permitido a experiencias locales y sociales periféricas conectarse, fuera del control vertical de los sujetos políticos y de los medios [de comunicación] tradicionales” (p. 140). En ese sentido, la red ha favorecido “la implicación y la intervención directa, a nivel subjetivo, de una amplia parte de la población” (p. 140).

La globalización, por sus implicaciones culturales y antropológicas, es otro factor explicativo del auge del populismo, ya que una mayoría de la población la asocia a una amenaza (p. 140). Esto se explica por la situación económica y las políticas implementadas (p. 141). La llegada masiva de refugiados e inmigrantes, así como los atentados islamistas en 2015 “han acentuado considerablemente los temores y han agravado las tentaciones de repliegue” (p. 142). Los movimientos populistas explotan y alimentan los sentimientos de crispación (p. 142).

En la conclusión, los autores identifican tres dimensiones principales de la pueblocracia que afectan las democracias representativas occidentales y europeas (p. 146).

- ▶ El primero es “la personalización, desde el punto de vista de los actores políticos, de las instituciones y de los sistemas de gobierno. (...) El proceso de personalización se desarrolla de manera netamente más marcado en las democracias mayoritarias que en las democracias consensuales” (pp. 146-147). La transformación más evidente concierne “los partidos personalizados de manera definida y definitiva, de manera a promover y a producir identificación” (pp. 147-148).
- ▶ El segundo rasgo significativo de la pueblocracia concierne “los métodos y los canales de comunicación” (p. 149). Si la televisión ha propiciado el advenimiento de la “democracia del público”, las redes sociales han alumbrado de la “democracia en directo” o de la “democracia inmediata” (p. 149).

- ▶ La tercera característica es el hecho de que “todos los actores políticos se adaptan al lenguaje y a las reivindicaciones de los populistas” (p. 150). Y, “para contrarrestarlas, neutralizar su carga, se tiende, a menudo, a imitarlos” (p. 150). El populismo se convierte en “una marca social y cultural, en un modelo de comunicación y de acción, que todo el mundo tiene interés en reproducir y en valorizar” (p. 152).

Como lo indican Diamanti y Lazar, los populistas aluden a cuatro temas principales:

- ▶ *La relación con las élites*. Denigran constantemente a las élites nacionales y europeas. Los gobernantes son acusados de defender los intereses personales de los dirigentes (p. 153).
- ▶ *El pueblo*. Es definido en términos étnicos y como si estuviese amenazado en su cultura y seguridad (p. 153).
- ▶ *La globalización*. Está asociada a la amenaza y al peligro que representaría para el bienestar de los ciudadanos (p. 153).
- ▶ *Las fronteras*. Estarían insuficientemente vigiladas (pp. 153-154).

En suma, hoy en día, “la pueblocracia se ha convertido en el sistema o el modelo dominante” (p. 155). Tanto en Francia como en Italia, los populistas se han convertido en centrales, de modo que la pueblocracia esté destinada a reforzarse; más aún si se considera el proceso mimético al que asistimos. Por una parte, conduce a una acentuación del populismo “en los lenguajes y las acciones de los sujetos políticos tradicionales y de gobierno” (p. 158). Por otra parte, “induce los populistas de gobierno, en Italia, a intensificar la polémica contra la Unión Europea” (p. 158).

Al término de la lectura de *Peuplecratie. La métamorphose de nos démocraties* es obvio reconocer la gran actualidad y pertinencia del objeto estudiado en un contexto europeo marcado por el auge de los partidos y movimientos populistas, así como el perfecto dominio tanto de la literatura científica como de la realidad empírica de la que hacen gala los autores que son dos especialistas internacionalmente reconocidos en las realidades políticas tanto italianas como francesas. El libro está perfectamente documentado y ofrece un razonamiento sumamente articulado y coherente, lo que propicia cierta sistematización y teorización en torno al concepto de pueblocracia. Aunque la obra en cuestión se caracterice por su extrema densidad, el estilo fluido y el lenguaje asequible convierten su lectura en un verdadero placer. En definitiva, estamos ante un gran libro, que compagina las aportaciones de la historia, la sociología y la ciencia política, en una perspectiva multidisciplinar, y que ofrece una imagen pormenorizada y novedosa del fenómeno populista en Europa, de modo que su lectura sea altamente recomendable.

CONFLICTO DE INTERESES

El autor declara la inexistencia de conflicto de interés con institución o asociación comercial de cualquier índole.

REFERENCIAS

- Diamanti, I. (1993). *La Lega. Geografia, storia e sociologia di un nuovo soggetto político*. Roma, Italia: Donzelli.
- Diamanti, I. (1997). *Stanchi di miracoli. Il sistema politico italiano in cerca di normalità*. Milano, Italia: Guerini e Associati.
- Diamanti, I. (1999). *La generazione invisibile*. Milano, Italia: Edizioni Il Sole 24 Ore.
- Diamanti, I., y Lazar, M. (1997). *Politique à l'italienne*. París, France: PUF.
- Diamanti, I., y Lazar, M. (2019). *Peuplecratie. La métamorphose de nos démocraties*. Paris, France: Gallimard.
- Lazar, M. (1992). *Maisons rouges. Les Partis communistes français et italien de la Libération à nos jours*. París, France: Aubier.
- Lazar, M. (2006). *L'Italie à la dérive*. París, France: Perrin.
- Lazar, M. (2009). *L'Italie sur le fil du rasoir: changements et continuités de l'Italie contemporaine*. París, France: Perrin.
- Lazar, M., y Simon-Ekovich, F. (Dir.). (1996). *La Gauche en Europe depuis 1945. Invariants et mutations du socialisme européen*. París, France: PUF.
- Rosanvallon, P. (2006). *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance*. París, France: Seuil.
- Taguieff, P-A. (1996). «Le populisme», *Universalis*. París, France: Encyclopedia Universalis.